RAMOS, Antonio Dari, *O medo instrumentalizado. Provincia Jesuítica do Paraguai (1609-1637).* Campinas, Sao Paolo: Editora Curt Nimuendajú, 2007.

Las reducciones jesuitas del Paraguay, 18 de junio al 14 de septiembre de 2014. **CAIXAFORUM BARCELONA. Av. De Francesc Ferrer i Guàrdia,** 6-8. 08038 – Barcelona, España.

Afortunadamente, como ha señalado O'Malley, la historia de la Compañía de Jesús ha dejado de ser patrimonio de los jesuitas y sus adversarios[1]. En los últimos años los historiadores de la época moderna han estudiado la labor que la Iglesia desempeñó en la construcción y mantenimiento de las sociedades coloniales. El libro *O medo instrumentalizado. Provincia Jesuítica do Paraguai (1609-1637)* de Antonio Dari Ramos, profesor de la Universidade Federal do Grande Dourados (Brasil), es una notable contribución a la historia de las misiones católicas en un contexto de expansión del catolicismo tridentino. Partiendo del estudio de las Cartas Anuas de la Provincia de Paraguay (1609-1637) y de la *Conquista espiritual* (1639), del padre Antonio Ruiz de Montoya, el autor se propone analizar la práctica misionera jesuítica a partir de los contactos interculturales, privilegiando el estudio de las representaciones de Dios a través de dos imágenes recurrentes: la del Dios castigador y la del Dios benevolente. Siguiendo las tesis de Jean Delumeau (1923), la pedagogía del miedo fue un elemento central como instrumento de civilización y cristianización de los indios guaraníes.

En este sentido, las reducciones del Paraguay fueron un proyecto que contrasta con las anteriores fundadas en el Perú (Santiago del Cercado, 1568; Juli, 1576), si bien no queda explícita la relación entre ambos proyectos. El Cercado fue una reducción urbana, situada en la capital, Lima, constituida como un laboratorio lingüístico donde los jesuitas recién llegados aprendían el quechua, mientras que Juli se situaba en la región de Chucuito, junto al lago Titicaca. Desde el comienzo funcionó como laboratorio de experimentación jesuita para la futura evangelización de los indios del Altiplano surandino. La mayoría de estudiosos de los jesuitas coinciden en señalar esta reducción como un experimento deslumbrante, a partir de la cual la Compañía de Jesús se extendió hacia otras regiones, como Paraguay. Sin embargo, otros

[1] J. W. O'Malley, SJ, "The Historiography of the Society of Jesus", en J. W. O'Malley y otros (eds.), *The Jesuits. Cultures, Sciences, and the Arts, 1540-1773*, Vol. I, Toronto & Buffalo & London, University of Toronto Press, [1999] 2000, p. 3; Federico Palomo, "Cultura religiosa, comunicación y escritura en el mundo ibérico de la Edad Moderna", en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico" (CSIC), 2013, p. 53-54.

historiadores empiezan a plantear visiones divergentes al paternalismo jesuítico que convirtió Juli en lo que Manuel Marzal definió como la "utopía posible"[2].

Desde esta perspectiva revisionista, el libro de Dari representa un avance. Se divide en cuatro capítulos. En el primero repasa el imaginario europeo de los siglos XIV al XVII, enfatizando los elementos que fueron trasplantados a América, en particular, los miedos (epidemias, herejes, hambrunas, milenarismos, demonio) y la piedad católica, especialmente después del Concilio Tridentino (1545-63). Pasamos, así, del paraíso terrenal descrito por los primeros cronistas del siglo XVI (Colón, Vespucci, Pietro Martire d'Anghiera) a un universo barroco caracterizado por el temor al infierno y al purgatorio (siglo XVII). El temor al pecado y a la condena eterna favoreció la intercesión de los santos, cuya protección era siempre requerida frente al poder del demonio. Un demonio, Satanás, que adquirió mayor protagonismo en el período de la Reforma católica como corruptor de la humanidad y causante del mal. El segundo capítulo analiza la teología tridentina a través de la cual se llevó a cabo la evangelización de los guaraníes. Esa "conquista espiritual", por utilizar el término popularizado por R. Ricard (1900-84), supuso un fortalecimiento de la doctrina en los ámbitos público y privado, como el matrimonio y su indisolubilidad, la importancia de los sacramentos, particularmente la eucaristía y la penitencia. Con la centralización de la piedad católica el culto al Santísimo pasa a un primer plano, no sólo durante la eucaristía sino en las procesiones populares, como el Corpus Christi, convirtiéndose en una de las festividades cristianas de mayor relevancia. El culto a los santos, la participación en las procesiones, la oración por las almas del purgatorio, constituyen expresiones barrocas de una espiritualidad basada en la exteriorización de la fe. Las reducciones guaraníes no fueron ajenas a estas prácticas exteriores de la piedad cristiana.

Los dos últimos capítulos son con diferencia los más extensos del libro. El tercero analiza el impacto del proceso evangelizador en la cultura guaraní. El modelo reduccional se convirtió en la única forma de transformar al "bárbaro" en "civilizado" por medio de un tipo de control disciplinario, casi policial, sobre las conductas de los indios. Esta socialización forzada tenía como objetivo doblegar las conductas "desviadas", a saber, la poligamia, el "amancebamiento" de los jóvenes antes del matrimonio, las borracheras colectivas, la ociosidad y la idolatría. El proceso de cristianización – "o civilización" - de los guaraníes implicaba, según Dari, la derrota de los antiguos chamanes a través de la demonización de todas las prácticas culturales nativas consideradas anómalas. Los jesuitas, convertidos en los nuevos líderes religiosos, se apoyaron en una pedagogía disciplinaria basada en exigencias de orden y trabajo. Destacaba sobre todo la labor educativa en la escuela, donde los niños

[2] Manuel Marzal, SJ, *La utopía posible. Indios y jesuitas en la América colonial (1549-1767)*. Tomo I, Lima-Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992.

aprendían el catecismo, coloquios sobre materias piadosas, música. También aprendían a denunciar y perseguir hechiceros, borracheras colectivas y amancebamientos entre sus propios familiares, convirtiéndose en verdaderos "espías cristianos" (p. 107). Hay que destacar que, en honor a la verdad, nada de eso era del todo original. Todas esas actividades habían sido ya puestas en práctica en otros ámbitos reduccionales, especialmente en Juli, donde los jesuitas habían destacado por su eficacia. Pensamos que hubiera sido deseable hacer referencia a dichas conexiones, puesto que las parroquias regentadas por los jesuitas en Chucuito se convirtieron de inmediato en un modelo a seguir[3].

El cuarto y último capítulo repasa las estrategias del miedo promovidas por los jesuitas en las reducciones guaraníes. Al domesticar su "barbarie" natural los jesuitas aspiraban a transformar el "desorden social" y liberarlos así de la "ignorancia, vicio e inmoralidad". En este sentido, Dari se apoya en las tesis del proceso de la civilización (1988) de Norbert Elias (1897-1990) para ilustrar hasta qué punto los jesuitas fueron capaces de inculcar en los guaraníes las normas y valores del proceso evangelizador/civilizador. Fue un proceso violento, basado en castigos corporales, que Dari ilustra a partir de las Cartas Anuas y las Ordenanzas (1623) del provincial Nicolás Duran (pp. 137-38). El rigorismo y los castigos corporales (pp. 142-43) cumplían una función educativa, reforzando el respeto, la auto-regulación y el consenso a las nuevas reglas de sociabilidad. Las instrucciones del padre Diego de Torres Bollo (1609) ordenando castigar a los hechiceros es un claro ejemplo al respecto (pp. 146-47). Pero sobre todo, los jesuitas trataron de dirigir la vida en las reducciones, imponiendo nuevas formas de trabajo en torno a las cuales se forjaba una "utopía de salvación" mediante la recuperación moral de los guaraníes.

El libro de Dari plantea una lectura "desde arriba", donde la mayoría de religiosos colaboraron en mayor o menor medida para doblegar la resistencia indígena, deslegitimar sus credos y satanizar sus conductas paganas. Las reducciones guaraníes se convirtieron en instituciones normalizadas, lejos del poder arbitrario que durante años habían ejercido encomenderos y *curacas*. Sin embargo, hubo resistencias. Los trabajos de Guillermo Wilde (2009, 2011), entre otros, han mostrado que los guaraníes nunca fueron aquellos individuos pasivos e indolentes, sino que participaron activamente en las dinámicas de poder, representación política y resistencia. Las misiones no fueron, simplemente, espacios de civilización unidireccional sino que se estableció una "lógica circular operante en la transmisión del saber doctrinal dentro

[3] La bibliografía sobre las reducciones de Juli y el Cercado es extensa. Al respecto, véase Alexandre Coello, *El barro de Cristo. Entre la Corona y el Evangelio en el Perú virreinal*, Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 2000, p. 120; A. Coello, *Espacios de exclusión, espacios de poder: el Cercado en Lima colonial (1568-1606)*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos & Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006; A. Coello, "La doctrina de Juli a debate (1575-1585)". *Revista de Estudios Extremeños*, 63:2, 2007, pp. 951-89.

de la misión" de manera que resulta difícil "determinar si estamos frente a una "indianización" del discurso cristiano o una "cristianización" del discurso indígena"[4].

Para concluir, el CaixaForum de Barcelona inauguró el pasado 18 de junio de 2014 una exposición, *Las reducciones jesuitas del Paraguay*, que ha generado polémica. Se trata de un panegírico de la obra misional de la Compañía de Jesús, "una aventura fascinante que perdura en el tiempo", como reza la introducción inicial, que imagina las reducciones como repúblicas utópicas donde los indios eran libres para elegir su profesión "de acuerdo a sus inclinaciones y sus propios gustos" y vivían en paz. Pero con un matiz: como es sabido, las primeras reducciones jesuitas no empezaron en Paraguay, como se explica en la exposición, sino en el Virreinato del Perú (Cercado, 1568; Juli, 1576), y de allí se extendieron hacia la provincia del Paraguay. Pero ese no es el único error en el que caen los comisarios de la exposición. A diferencia de la famosa película de Roland Joffé, *La Misión* (1986), la figura de Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652) gira en un solo plano (heroico): todos los jesuitas fueron poco menos que héroes incansables que "lucharon hasta la muerte" por convertir al indio - léase ignorante, ocioso - en un buen cristiano. También se detectan algunas otras perlas, como el apartado "Escuelas", donde dicen que "hasta la llegada de los Padres, los indígenas no recibían ningún tipo de instrucción", o esta otra, sobre la "música y teatro en comunidad", que aseguraba los actores que participaban eran todos "gente [del mismo] pueblo que parecían auténticos profesionales". La coda final es cuando se habla del "trabajo de la comunidad", subrayando que "la vida en las reducciones estaba organizada para evitar la ociosidad (natural del indio)". A diferencia del libro de Dari, que incide en la pedagogía del miedo como mecanismo de domesticación ideológica, esta exposición reproduce de manera simplista los estereotipos del "buen jesuita" como hacían antaño los historiadores oficiales de la orden. Una lectura paternalista y bienintencionada del misionero defensor de los indios, que protagoniza el actor Jeremy Irons en la película de Joffé, frente a los jansenistas enemigos de la orden y las monarquías absolutas (Francia, 1752; Portugal, 1762; España, 1767) que las expulsaron.

Alexandre COELLO DE LA ROSA
Departament d'Humanitats
Universitat Pompeu Fabra (UPF, Barcelona)
alex.coello@upf.edu

[4] Guillermo Wilde, *Religión y poder en las misiones guaraníes*, Buenos Aires: Editorial Sb, 2009; G. Wilde, "Introducción: trazos de alteridad", Guillermo Wilde (eds.), *Saberes de la conversión. Jesuitas, indígenas e imperios coloniales en las fronteras de la cristiandad*, Buenos Aires: Editorial Sb, 2011, p. 17.